

lo cual dió auténtico testimonio Pedro Hernandez, secretario de Cortés ante quien pasó todo lo referido.

CAPITULO VII

Del modo con que se portó Fr. Bartolomé de Olmedo, con el gran Montezuma, el tiempo que le tuvo preso Cortés en los aposentos de su vivienda.

Ya hemos dicho cómo asistía Fr. Bartolomé al gran Montezuma en sus palacios deseando siempre reducirlo al conocimiento de nuestra santa fé católica, sin perder ocasion cuando la había de hablarle, en que no le procurase decir la verdad de nuestra adoracion al verdadero Dios, que crió el cielo y la tierra; y como luego á los principios dió orden al capitan Cortés de llevar preso al gran Montezuma á los aposentos de su vivienda, acción que nunca se acabará de ponderar por la más heroica de un valor incomparable, que en su misma tierra donde era ado-

rado, servido, temido y defendido de tan innumerables vasallos, un rey tan poderoso y soberano, lo prendiese un hombre sin mas resguardo que su valor y tan pocos soldados que le acompañaban, habiendole llevado en esta forma á su casa, y teniéndole preso en ella, aunque con toda reverencia y respeto, allí le asistían los españoles, unos porque lo guardaban, y otros y todos por que lo celebraban como gran Señor; era Fr. Bartolomé, quien con mas cariño lo atendía, y como Montezuma le miraba con reverencia, por la que reconocía le tenían Cortés y los demás capitanes, le cobró tanto cariño, que gustaba grandemente hablar con Fr. Bartolomé y preguntarle algunas cosas de España, de nuestro gran emperador Carlos quinto, y del modo de vivir y tratarse los españoles, á que le respondía el discreto religioso con tal suavidad y prudencia que cada día dejaba nuevamente enamorado á Montezuma de su conversacion y doctrina.

De aquí tomó ocasion Fr. Bartolomé para irle introduciendo los misterios de nuestra santa fé católica y el conocimiento de nuestro verdadero Dios, explicándole con suavidad nuestra santa ley y sus misterios, y esto hacia por medio de un paje de Cortés llamado Ortegulla,

que por haber aprendido la lengua mexicana, se lo había dado á Montezuma; este pues le decia en su lengua todo lo que le instruía Fr. Bartolomé, y el Montezuma la oía monstrand. gusto en ello, y fué tanto lo que el discreto religioso le decia en todas ocasiones que le hablaba, que ya el gran Montezuma lo entendía muy bien y nunca le contradijo esta doctrina, aunque en el punto de derribar y detestar sus ídolos, siempre le repugnaba; y segun respetaba Montezuma á Fr. Bartolomé y el gusto y suavidad con que le oía, es muy de creer que si estas amistades duraran, y no se interrumpieran con las guerras que despues por esta prision dieron los indios á los españoles, y que por último costó la vida á Montezuma, lo hubiera reducido á nuestra fé el espíritu y eficacia de Fr. Bartolomé; pero son justos juicios de Dios, á que debemos rendir los nuestros.

Estando en esta prision el gran Montezuma, deseaba ir al gran Cú para hacer oraciones y sacrificios á sus Dioses, y para ello pidió licencia al capitan Hernando Cortés, el cual deseoso de darle gusto en todo lo que se ofreciese, le dijo que fuese muy en horabuena, pero que advirtiese no dar ocasion á que los suyos alborotasen la gente, ni nos diesen guerra porque perdería la

vida, y que para ésta guardia iban con él asis-
tiéndole cuatro capitanes de los nuestros, y así
mismo que no sacrificase indios à sus dioses, ni
hiciese algunas de las abominaciones que solian
hacer en órden à sus adoraciones, y que para
ello iba en su compañía el Padre Fr. Bartolo-
mé, el cual iba muy encargado de no consentir
cosa alguna de las referidas, por que siempre el
respeto que el Montezuma tenia al venerable
varon, le retraeria de estos pensamientos; y
aunque no sucedio así, porque sabiendo los Pa-
pas de Montezuma que iba á visitar á sus dio-
ses, ya le tenian desde la noche antes, sacrifica-
dos quatro indios; pero tuvo con esto ocasion Fr.
Bartolomé para reprehenderle ásperamente, y
predicarle con gran fervor abominandole aque-
llos sacrificios detestables, y la limpieza de nues-
tra santa ley, que no usase semejantes fealdades
ni tan fieras crueldades para obligar á nuestro
verdadero Dios, sino la suavidad de nuestras o-
raciones, y los sacrificios incruentos y limpios
de nuestros corazones, y aunque le reprehendió
de esta suerte, se quedó por entónces suspenso
el negocio, sin instar mas en ello, por que an-
daban muy inquietos los indios, capitaneando-
los para la conjuracion contra los españoles, los

sobrinos de Montezuma por la prision de su
tio.

Tan gustosamente oia Montezuma las suaves
doctrinas de Fr. Bartolomé, que no habiéndose
contentado Cortés con haber hecho la forma de
capilla ó iglesia en los aposentos de su vivienda,
con licencia que para ello le dió á Fr. Bartolomé
el mismo Montezuma; deseoso Cortés de que se
borráse en los indios la memoria de sus ídolos y
falsos dioses, y tratando de derribar éstos del
gran Cu de Tlatilulco, en esta ocasion que Mon-
tezuma salió para él, á sacrificar à sus dioses, se
le entró Cortés acompañado con Fr. Bartolomé,
habiendo mandado á sus demás capitanes le de-
jasen sólo à él y al religioso que querian hablar
solos con el gran Montezuma, y entónces le di-
jo, que ya que no queria que se derrocaran los
ídolos del gran Cu ó adoratorio, que les diese
licencia para hacer un altar en un lugar aparta-
do de aquellos ídolos en el mismo Cu, y poner
en él un Santo Crucifijo y una imàgen de Nues-
tra Señora Santa María, y que así verían cuan
bueno era ésto y cuan provechoso para sus al-
mas, para su salud, buenas sementeras y demás
felicidades; y respondió Montezuma que lo con-
sultaria con sus papas: en fin, se hubo de conse-
guir y se hizo el altar en el mismo Cu, apartado

de aquellos abominable dioses, en que se colocó una Santa Cruz y una imàgen de Nuestra Señora con toda devocion por mano de Fr. Bartolomé, el cual celebró con todos nuestros capitanes y soldados la fiesta, cantando él la misa y ayudándole el padre Juan Diaz; y así mismo mandó que se pudiese en aquel lugar un soldado viejo que cuidase del nuevo altar, y rogò á Montezuma que mandàse á sus papas que no estorbasen dicho oratorio, àntes sí que cuidasen de barrerlo y limpiarlo, quemar incienso y poner candelas continuamente que ardiesen en reverencia de nuestro Dios y de su Madre Santísima.

CAPITULO VIII.

Del origen que tuvo la Santísima imàgen de Nuestra Señora de los Remedios y como fué su principio por mano de Fr. Bartolomé de Olmedo.

Habiéndose erigido el dicho altar en el gran Cu de Tlatelulco, como queda referido en el capítulo antecedente, y colocado en él la Santa Cruz y la imàgen de Nuestra Señora; y teniendo como lo tengo por cierto que ésta dicha imàgen que se colocó en dicho altar, es la misma que hoy dichosamente se goza en esta ciudad, que se titula Nuestra Señora de los Remedios, en su santuario que está cerca de tres leguas de ésta ciudad á la parte del Poniente, me ha parecido conveniente poner aquí su origen y el modo milagroso con que se halló en el cerro